

caron las tropas aliadas. El general Uraga habia hecho transportar al Chiquihuite algunas piezas de las que se hallaban en los fuertes de Veracruz, antiguas y de difícil uso, colocando una en la cumbre, sobre el mismo camino, y dos al frente en la falda de un elevado cerro que dominaba aquel; y en cuya falda se habia construido una especie de parapeto, consistiendo este en una estacada de doble fondo macizada de tierra. Pero tales y tan insignificantes preparativos eran inútiles considerados bajo dos puntos de vista. Primero, por que carecian de artillería rayada, y por lo tanto, la de los aliados, que lo era, convenientemente colocada sobre el camino Real, la hubiera inutilizado por completo fuera del alcance de sus tiros. Y segundo, por que siendo por todas partes vadeable el rio que á ambas sierras divide, fácilmente se hubieran podido salvar acubiertos del fuego enemigo. Las demas posiciones que nombradas dejamos, se hallaban completamente descuidadas. Todas las fuerzas que desde el Chiquihuite hasta Méjico se encontraban eran las siguientes. Quinientos hombres en aquel punto. Dos mil en el campamento de la Soledad y seis piezas de artillería montada, de bronce y del calibre de á 18. En los puntos de Palo Verde y Paso Ancho habia otros dos mil hombres. Doscientos caballos en Córdoba. De dos á tres mil hombres en Orizaba. Cinco batallones de á quinientas plazas en la Puebla de los Angeles con alguna pieza de artillería en el Palacio Obispal. Y sobre mil caballos desde ese punto á la capital. Es evidente que todas esas fuerzas reunidas, aun uniéndoseles los seis mil hombres que se aseguraba habia en Jalapa, no hubieran podido, ni aun acaso intentado resistir el empuje de los aliados, si los hombres de orden, de arraigo y que representaban las ideas conservadoras en el pais, hubieran visto en aquellos al par que á los sostenedores de su independencia, el apoyo para la consolidacion de un gobierno estable y fuerte. Por otra parte, las fuerzas mejicanas que apoyaban á Juarez, y de que queda hecha mencion, carecian de jefes y aun de oficiales entendidos, desconocedores de los adelantos en el arte militar, sin el hábito de batirse en línea, y sin el de la ciega subordinacion que dá la fuerza á los ejércitos. El soldado indio, sumiso por carácter hasta la humillacion, si bien es sufrido, no es ardiente en la pelea. Fatigado, desnudo y peor alimenta-

do, es bien seguro que la dispersion mas completa hubiera seguido al empuje de los aliados. Agréguese á esto la muy notable circunstancia de que el pueblo indio conserva respeto y adoracion á la raza española, tanto como en los primitivos tiempos. Y siendo esto así, como á todas luces es cierto, dejamos á la consideracion del lector, lo que obrando con energía, con acierto y con las simpatias de los mejicanos de orden y de arraigo, pudo haberse conseguido en un pais compuesto de cinco millones de indios, dos de castas y uno de blancos, dependiendo del presupuesto una gran parte de los últimos.

Pero siguiendo nuestro propósito, volvamos á fijarnos en la situacion militar del pais. Hemos consignado ya las fuerzas mejicanas, y las posiciones en que apoyarse podian. No cabe duda en que para avanzar las tropas aliadas forzoso les era ir dejándose cubierta la retaguardia, y ocupadas las posiciones de que queda hecho mérito. Con quinientos hombres en cada una de las cuatro, y mil en las Cumbres de Aculzingo, estableciendo ademas algunas piezas de artillería en esta última, quedaba, á no dudarlo, cubierta la comunicacion con Veracruz, y en disposicion de ir avanzando á la capital, seis mil hombres, tres baterías de á lomo y rayadas, y quinientos buenos caballos. Se nos dirá indudablemente, por que ya llegó mas de una vez á nuestros oídos, que para emprender tal operacion el ejército aliado, carecia de carros, bagages y aun de existencias bastante á su abastecimiento. Cuestion es esta que resolveremos con solo decir que debió haberse previsto en tiempo como fácilmente pudo haberse hecho teniendo tantos barcos y tan próxima la Habana. Mas si de la cuestion material se desprenden tales consideraciones, veamos si la moral y probable pudo ofrecer ventajas y aliento para emprender las operaciones.

Los generales mejicanos Marquez, Cobos, Miramon, Zuloaga, Miranda, el desgraciado Robles Pezuela y otros muchos, que cada uno de ellos representaba una fraccion del partido conservador, y juntos á todo ese gran partido, veian en la intervencion aliada la salvacion de su pais, y no hay medio de dudar que todos ellos con fuerzas, recursos, y el apoyo de las clases acomodadas, del clero y aun del comercio en su mayor parte, se hubieran lanzado á apoyar á los

aliados, y que esto les hubiera dado facilidad para internarse en el país. Si no lo hicieron, culpa fué de la predilección de aquellos al gobierno de Juárez, y de la fuerza moral que este con ella adquiría. Por otra parte, las poblaciones, á excepción de Veracruz, una pequeña parte de la de Córdoba y la de Tehuacan, se hallaban en el mejor sentido; y en la capital, es decir, en Méjico, el gobierno solo encontraba apoyo y simpatías en su desbordada prensa, y decimos en la suya, porque á nadie se permitía escribir como no lo hiciera en su alabanza y contra España. Júzguese pues de los elementos morales con que pudieron haber contado los aliados, si aquello de “el gobierno que mas merezca vuestras simpatías”, hubiera sido una verdad. Acaso habria llegado á serlo, pero los medios entablados para llegar al objeto, fueron tales, que no era posible ya tener confianza en la promesa.

Así las cosas, se verificó el tratado de la Soledad en la forma y modo que consignado dejamos, y despues de haber sido aprobados por el gobierno de Méjico, emprendieron las tropas aliadas la marcha á los puntos ya citados, de Córdoba, Orizaba y Tehuacan. El mismo dia en que debian emprenderla los jefes aliados, llegó á Veracruz el titulado general Almonte. Las explicaciones dadas por este á su presentación á aquellos, parece que fueron la señal de la terminación de la buena inteligencia que en adelante habia de reinar entre ellos; como tambien que aquel personaje manifestó sin rebozo ser el intérprete de la voluntad decidida del Emperador de los franceses, y que el pensamiento de establecer en la República una monarquía en favor del P. M. de A. era el adoptado por aquel. Apesar de tan terminante manifestación, las tropas emprendieron su marcha y con ellas los representantes de sus respectivas naciones. Fueron ocupadas las tres poblaciones ya citadas, para esperar en ellas el dia que debia darse principio á las conferencias.

Este hecho bastaria por sí solo para formarse un exacto juicio de la marcha que se habia seguido, y del sello que se imprimía á las negociaciones. Esa espera, ese aplazamiento solicitado con insistencia y concedido por Juárez y su gobierno despues de no pocas dilaciones, no era otra cosa que el reconocimiento mas esplicito á la situación en que

la República se encontraba bajo el mando de uno y otro. Era dar á tal gobierno una importancia y una fuerza moral de que carecía, que jamas pudo ni debió esperar tener por sus condiciones impopulares y disolventes; y era someterse á sus exigencias y cimentar, con alguna base mas sólida el edificio de su poder. Esto en cuanto al Presidente y á la República. En cuanto á los aliados, la situación era muy distinta, pues que cuanto aquellos ganaban con semejante estado de cosas, estos lo perdian en todos los terrenos. Se grangeaban la indiferencia, cuando no la enemistad de los hombres de órden. Mataban la esperanza de esos partidos importantes y expectantes. Ponian en duda, cuando menos, lo dicho en el célebre manifiesto de Veracruz, y convertian en enemigo un país que anhelaba mirarlos como á sus salvadores. Muy hidalga podria haber sido la conducta observada en el convenio de la Soledad, pero lo cierto es, que ese convenio no hizo otra cosa que dar la fuerza moral de los aliados á Juárez y á los suyos; y como si tanto mal no fuese bastante, otro mas grave y mas trascendental habia de seguirse. El tiempo que en la inacción perdian unos, lo aprovechaban otros para dar cima á proyectos ya formulados, esforzándose en presentar ante el Emperador de los franceses la conveniencia de establecer la monarquía en Méjico, presentándosela como necesaria y anhelada por todos. En los que tal hacian, obraban para ello intereses y sentimientos encontrados. En Mr. de Saligny la idea de llevar á cabo sus proyectos de monarquía que en tal alta posición debia colocarle su realización, y la de asegurar una deuda extraordinaria contra la República.

En el Sr. Estrada, la ignorancia en que se encontraba y encuentra del verdadero estado y espíritu de su país, alejado como lo está, hace 21 años de él. Lo mismo sucedia al Sr. Hidalgo, antiguo empleado en el Ministerio de Estado de la República, y que sin tener arraigo en ella, hace 14 años que se ausentó. Y en el Sr. Almonte, el afán de recuperar, siquiera fuese por poco tiempo, un poder con el cual no podia contar jamas. Preciso es confesarlo, sin temor á que al verse consignado por un español, se le tache de afrancesado; por que tales epítetos cuando solo se fundan en la ignorancia, en la sin razón ó en la malicia, solo merecen el desprecio del hombre cuya conciencia y cuyo patriotismo

hacen que su corazón lata tranquilo. La impopularidad y los antecedentes de Juárez; los malos y apasionados informes de los cuatro personajes referidos, y la marcha adoptada por los aliados, han debido contribuir en gran parte á llevar al ánimo del Emperador de los franceses el convencimiento de que la monarquía en Méjico era apetecida y necesaria.

El principio monárquico en Europa ha sido siempre la tabla de salvación en las tempestades revolucionarias, y esta gran verdad lleva fácilmente al ánimo de aquellos Soberanos, si no la convicción, la esperanza de que el mismo principio pueda ser el mejor elemento de orden y prosperidad en el nuevo mundo. Y sin embargo no es así. Acaso porque la monarquía no ha echado raíces en él. Por que son desconocidas, su importancia y sus condiciones. Por que se carece de elementos necesarios á constituir y robustecer el trono, y por que este materia de un solo golpe infinidad de ambiciones; lo cierto es, que en todas las repúblicas de América el amor á la monarquía no existe mas que en algunos pocos, y de estos no todos la desean con desinteresada buena fé. Esta verdad se confirma al considerar que el Orbe entero hoy mira asombrado desaparecer al Coloso del nuevo mundo, desmoronándose esa República modelo cuyo asombroso poder inquietaba á la vieja Europa; que hoy que se vé, que se toca, que no puede dudarse de lo que son las naciones, cuando no descansan en principios de arraigo, cuando no hay un centro de unidad y de fuerza que sirva de áncoa á la nave del Estado para resistir la violencia de la corriente de los revolucionarios mares, aun á pesar de esta lección tan elocuente, á nadie, en las Américas, se le ocurre que pueda ser la forma de Gobierno la causa verdadera de ese gran trastorno que anula el inmenso poder de los Estados-Unidos. Y sin embargo no es otra. La ambición, que es ingénita en el ser humano, hace que el hombre segun su capacidad y su instrucción, fije sus miradas en todo aquello que le halaga y que se cree capaz de conseguir. El primer mando en las repúblicas está reservado al mas capaz, al mas arrojado y ambicioso, al soldado de fortuna mas atrevido, y esto basta para que sea disputado por muchos á la vez en todos los estados que no conocen otra forma de gobierno. ¿Qué mucho pues que el árbol de la República se

bambolea á la mas ligera brisa, y que mal sostenido por sus débiles raíces, se tronche ó desprenda á medida que arrecie el huracán de las revoluciones. Pues á pesar de todo, inútil es que la Europa se ocupe por ahora del establecimiento de monarquías en América. Talvez el tiempo haga por sí solo lo que no es dado hoy conseguir á las ilustradas naciones del viejo mundo. Pero estas verdades que sin dificultad se ven en el suelo americano, no pueden verse de la misma indudable manera en Europa, y la inmensa distancia que separa á esta de aquel, es causa mas que suficiente para dudar de la verdad de las cosas, y para que los gobiernos europeos no puedan juzgar con el debido acierto y precisión de los asuntos peculiares á los Estados de América. Las infinitas personas y entre ellas muchas de reconocida ilustración que viajan por ellos, todas y cada una tienen su manera de ver y de apreciar. Los unos bajo el punto de vista de sus opiniones particulares y políticas. Los otros bajo el del interés personal, y los mas, sin que les mueva el objeto de un detenido estudio, solo se fijan en lo que á su vista se presenta para hablar despues de ello sin conocimiento, sin datos, y por tanto sin exactitud.

Es pues evidente que el Emperador de los franceses que tan de buena fé, al parecer, aceptó el magnífico programa de Veracruz, concibió la idea del establecimiento de una monarquía en Méjico, como la mas segura y á propósito para que la ventura de ese tan hermoso cuanto desgraciado pais, echase profundas raíces, y para que, puesta en explotación su gran riqueza, diese vida al comercio de la Europa entera en general, y en particular al de la Francia, sin que de tal resultado pudiera nunca la España amenguar su natural influencia, ni rebajarse las grandes ventajas que irremisiblemente habrían de resultarle del engrandecimiento de los Estados americanos, y muy particularmente del de Méjico. Pero desgraciadamente el Emperador no tuvo servidores fieles que con sinceridad le manifestaran lo único necesario, conveniente y que hacerse debía en la República Mejicana, si bien el programa de Veracruz parecia no dejar duda de que las naciones aliadas lo habían comprendido bien. Despues de recorrido y estudiado aquel pais, fácilmente se comprende que lo que en él ha faltado y falta es un gobierno fuerte á cuyo frente se hallen hombres de ideas

moderadas, de orden y de capacidad. Seguramente que los hay en la República. Pero equilibradas las fuerzas de los infinitos partidos en que el país se halla dividido, á ninguno le es fácil sobreponerse á los demas, y de aquí esas luchas incesantes en las que se gastan los hombres, los principios y hasta las ideas de mando y de gobierno. Agotadas, las fuentes de la riqueza pública, el país, que por sus naturales condiciones debiera ser el mas rico del mundo, se muestra empobrecido, y en su estado actual, es ya imposible que sus hijos por sí solos puedan sacarle de tanta miseria y prostracion. Por eso al oirse en él la palabra de intervencion armada conservando su independenciam, la esperanza renacia en todas las clases de la sociedad mejicana, y es bien seguro, que si los hombres de orden no se precipitaron á allanar el camino por donde aquellas debian de pasar para llenar mision tan laudable y deseada, fué por que los hechos no guardaron armonia con las ofertas, y por que al mirar que todas las tendencias eran en favor de Juarez y los suyos, vieron en ello un mal infinitamente mas grave que la continuacion de sus luchas y desgracias. Se contestará á esto que si tales eran los descos de los mejicanos, despues de la ruptura del 9 de Abril en Orizaba, al quedarse solo los franceses, reprodujeron el mismo programa, y sin embargo de ello el país en masa los hostiliza y se prepara á una tenaz resistencia. Pero este argumento pierde toda su fuerza con solo fijarse en que no eran las circunstancias las mismas. En Enero de 1862 el país esperaba su salvacion de las naciones aliadas. Con la fuerza moral y material de estas, confiaba en que se constituiria un gobierno que mereciese las simpatias de los mas, y que una fuerza extranjera continuaria apoyándole por algun tiempo á fin de darle condiciones de duracion y arraigo.

Entónces Juarez y su gobierno no contaban con otro apoyo que con el de los revolucionarios de oficio, y con el de los pocos que la desamortizacion eclesiástica enriqueciera. ¿Sucedia lo mismo, no ya en Abril, sino que en Marzo y aun en Febrero? No ciertamente. Ya se dudaba de los fines de los aliados. Se temia perder la independenciam. Se veia un apoyo muy directo á Juarez. Se hablaba de monarquía. En una palabra, todo se hacia esperar y temer menos lo ofrecido en el programa de Veracruz. Por otra parte

Juarez adquiria una fuerza moral inmensa, y tal era la situacion en que quedaron los franceses solos en el mejicano suelo. A los hombres de reducida capacidad, que por razon natural son los mas, se les alucina con la pérdida de la independenciam: y los mas capaces dudan y permanecen alejados de los sucesos y en expectativa, que es, en situacion tan crítica, lo que la prudencia les aconseja. Hoy, despues de la nunca bien sentida ruptura de Orizaba, difícil, muy difícil es que vuelva á renacer la confianza en los mejicanos, y no ya por el carácter desconfiado que les distingue, sino por que una vez perdida aquella no se recobra fácilmente. Además, que una potencia sola, á tan larga distancia de Europa y en país tan vasto, difícil y escaso de recursos, poco podrá conseguir, y ese poco le ha de costar sacrificios sin cuento. Llegarán los franceses á Méjico, y esto es indudable. Con ello quedará satisfecho su nacional orgullo, y despues de una satisfaccion á tanta costa adquirida, Méjico quedará peor que estaba, para mengua de las naciones que engrandecerle intentaron. Tal es la verdad desnuda y severa. Salvo que de Méjico se tratase de hacer una colonia francesa, lo cual seria difícil y expuesto.

Ahora bien, ¿situacion tan crítica pudo haberse evitado? Hé aquí un punto muy importante que por conclusion nos resta examinar.

El Conde de Reus reembarcó sus tropas por que dice no queria ir á la zaga de los franceses, ni consentir que se faltase á lo pactado. Fijemos la verdadera intencion de las tres potencias, pues no puede creerse que el general Prim, en su reconocido talento, se figurara jamas que Francia é Inglaterra dejaran de llevar sus miras cada una de por sí. Con efecto, si la Francia trabaja por el establecimiento de una monarquía, la Inglaterra llevaba la mira de establecer un gobierno enteramente suyo bajo la presidencia de Doblado, con el cual obraba de acuerdo y tenia contraido compromisos de importancia. Y siendo esto cierto como lo era, ¿qué partido tan inmenso no pudo haber sacado España de ello! Los franceses querian á Almonte, primero, y la monarquía despues, uno y otra lo rechazaba el país, y por lo tanto no podian contar con simpatias ni partidarios en él, como así está sucediendo. Los ingleses daban todo su apoyo á Doblado, cuya presidencia querian imponer, y este es tan-

to ó mas aborrecido en Méjico que el mismo Juarez, y tan revolucionario el uno como el otro. Quedaban pues los españoles sin otras pretensiones ni deseos que el bien de la República, con las esperanzas y las simpatías de las gentes de valer, y con una influencia legítima é imperecedera. De la desunion de los unos y de la diversidad de aspiraciones, los españoles no podian menos de haber sacado grandes ventajas, cuando todos ya en Méjico, se hubiera tratado de la forma de gobierno que el país reclamaba y que al país le convenia. Entónces la prensa, que yacia ahogada, se hubiera manifestado vigorosa. Los hombres que por temor callaban y sufrían, se hubieran lanzado á la arena política, y los sucesos, por sí mismos, habrían hecho ver la verdad, la justicia y la conveniencia. Los hombres de orden y de arraigo generalmente callan y sufren cuando no hallan justicia ni proteccion en las leyes ni en los gobiernos; pero cuando el temor no los rodea, hace que se les oiga, y como no son inspirados por ideas mezquinas ni por bastardas pasiones, consiguen que la verdad aparezca en toda su brillantez. Así hubiera sucedido en Méjico, si el auxilio de las fuerzas interventoras hubiese llegado á la capital. La Francia y la Inglaterra se hubieran convencido de lo impopular de sus respectivas miras, y la España, bendecida por los buenos hijos de Méjico, habria representado necesariamente el primer papel y acrecentado esa grande influencia que ejerce y ejercer debe en América. El Marqués de los Castillejos, al obrar con tan noble sagacidad y prudente reserva, se habria granjeado el aprecio y veneracion en todo el nuevo mundo, y así como en Europa se le quiere y admira por su valor y bizarría, en América habria adquirido el renombre de tan hábil diplomático como guerrero valeroso.

Esto sí indudablemente querian las naciones europeas interventoras llevar al mejicano suelo la paz y la ventura. Pero si, como se ha dicho por algunos, solo se trataba de exigir satisfacciones y pago de deudas, entónces, ¿á qué el envio de escuadras y batallones? Ya se vió que para la ocupacion de Veracruz y sus fuertes de San Juan de Ulua, eran y fueron innecesarias unas y otros, y sin mas que la toma de ellos, el gobierno mejicano hubiera dado cuantas satisfacciones se le hubieran pedido. Y en cuanto al pago de deudas, ¿de dónde ni con qué habian de efectuarlo? ¿Cómo

se ha de dar aquello de que absolutamente se carece? Hubiéramos tenido que conservar irremisiblemente la plaza de Veracruz, y en tal caso el remedio era infinitamente mayor que el mal, y preferible la pérdida de lo adeudado, por que las malas condiciones de aquella bahia, y su mortífero clima, por sí solos hubieran puesto término á la ocupacion con sensibles pérdidas de buques y de hombres. Es pues evidente que, ó hay que renunciar á toda reclamacion y satisfaccion en la República mejicana, ó es preciso intervenir en ella para ponerla en posicion de poder dar satisfacciones y dinero. Si lo primero acaso hubiera sido lo mas conveniente; y si lo segundo, preciso es reconocer que solo España, por mas que lo contrario se crea y propale, puede inspirar confianza en Méjico, y presentarse con condiciones favorables sobre las demas naciones. La razon de esto es tan clara y patente, que basta para encontrarla fijarse en que allí está su idioma, su religion, sus costumbres, su raza, y vivos los recuerdos de un pasado glorioso y mas feliz para esos desgraciados Estados.

Habana 20 de Noviembre de 1862.